

LA CONSAGRACIÓN EN LA SECULARIDAD

A LA LUZ DE LA EUCARISTÍA

Los pioneros de los Institutos Seculares mantuvieron un duro combate dentro de la Iglesia, para que se reconociera la originalidad carismática de los mismos, esto es, para que se acogiese el don del Espíritu, a fin que el Evangelio del reino de Dios resonase de forma nueva y original en el mundo.

En aquellos momentos, la consagración y vivencia de los consejos evangélicos, según una tradición con minúscula, parecía ser, a los ojos de la mayor parte del pueblo de Dios, patrimonio en exclusiva de la vida religiosa vivida en comunidad. Con el reconocimiento jurídico de los IS las cosas se calmaron, pero una buena parte del pueblo de Dios cuando oye hablar de consagración sigue pensando de forma espontánea en la vida religiosa. Y, por otra parte, conviene reconocerlo algunos IS nacieron y se organizaron un poco al estilo de algunas congregaciones religiosas.

Por ello creo importante seguir haciendo especial hincapié en la secularidad consagrada, para que los portadores de este carisma lo vivamos con alegría al servicio de la misión de la Iglesia en el mundo. No lo olvidemos: el Espíritu suscita los carismas para el bien común del pueblo de Dios, llamado a significar y actualizar el amor de Dios al mundo, en su condición de «sacramento universal de salvación», para la humanidad, para contribuir al diálogo de la salvación con el mundo secular (cf. GS 45).

Es evidente que en el marco de un retiro no se trata de desarrollar los muchos y complejos problemas de orden teológico, pastoral, social y antropológico, que se hallan implicados en el cultivo y desarrollo de los IS. Nuestra carta de ciudadanía en la Iglesia no tiene todavía un gran recorrido.

Centraré la meditación en un punto que juzgo de gran importancia para todos nosotros: ¿Cómo vivir «la consagración en la secularidad» a la luz de la Eucaristía?

I EUCARISTÍA Y TRANSFORMACIÓN DEL MUNDO

El misterio de la Eucaristía es de una riqueza insondable, pues en él se celebra la obra de la salvación. «En efecto, la liturgia, por cuyo medio se ejerce la obra de nuestra redención, sobre todo en el divino sacrificio de la Eucaristía, contribuye en sumo grado a que los fieles expresen en su vida y manifiesten a los demás el misterio de Cristo y la naturaleza auténtica de la verdadera Iglesia.» (S C 2) Es todo el pueblo de Dios que celebra la obra de la redención, que abarca el presente, pero también el pasado y el futuro, que abarca la redención de la persona humana, de la humanidad y también del mismo cosmos. Pablo escribía la comunidad de Roma: «Porque la creación, expectante, está aguardando la manifestación de los hijos de Dios; en efecto, la creación fue sometida a la frustración, no por voluntad, sino por aquel que la sometió, con la esperanza de que la creación misma

sería liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Porque sabemos que hasta hoy toda la creación está gimiendo y sufre dolores de parto.» (Rom 8, 19-22)

En esta meditación, me limitaré a presentar el dinamismo transformador del sacramento de la Eucaristía y sus consecuencias para vivir la consagración en la secularidad.

1.- Pan y bebida de salvación

El pan y el vino, frutos de la tierra y del trabajo de los hombres, se convierten, por la acción del Espíritu Santo y las palabras de la consagración, esto es las palabras de Cristo a través de los labios del sacerdote, en comida y bebida de salvación. Los elementos del pan y del vino adquieren así una densidad insospechada, sin que dejen de aparecer como tales. Y esto ocurre porque en ellos se da la presencia real del cuerpo y sangre de Cristo. El pan y el vino no son destruidos, sino que alcanzan una plenitud insospechada, pues en realidad son transformados y transfigurados. Son para nosotros «prenda de la gloria futura», «medicina de inmortalidad», en palabras de san Ignacio de Antioquía, verdadero viatico para andar el camino de la existencia en el horizonte del reino de Dios.

La Eucaristía adquiere así una auténtica dimensión cósmica y simbólica, pues la creación entera está llamada a ser transformada en Cristo, a ser recapitulada en él según el designio de Dios (cf. Ef 1, 10). De ahí brota la importancia de comprender bien la dinámica profunda de la presencia real de Cristo en el pan y en el vino. Él es el pan de la vida y el vino de la salvación.

En este sentido es importante recordar un texto significativo del Concilio Vaticano II, en el que después de asentar la autonomía de las realidades temporales, se nos habla de cómo Dios llama a unos a trabajar para que el mundo alcance su plenitud, tal como se da ya en esperanza en la Eucaristía.

Mas los dones del Espíritu Santo son diversos: si a unos llama a dar testimonio manifiesto con el anhelo de la morada celestial y a mantenerlo vivo en la familia humana, a otros los llama para que se entreguen al servicio temporal de los hombres, y así preparen la materia del reino de los cielos. Pero a todos los libera, para que, con la abnegación propia y el empleo de todas las energías terrenas en pro de la vida, se proyecten hacia las realidades futuras, cuando la propia humanidad se convertirá en oblación aceptada a Dios.

El Señor dejó a los suyos prenda de tal esperanza y alimento para el camino en aquel sacramento de la fe en el que los elementos de la naturaleza, cultivados por el hombre, se convierten en el cuerpo y sangre gloriosos con la cena de la comunión fraterna y la degustación del banquete celestial. (GS 38)

Y en el número siguiente se precisa cómo todo alcanzará su plenitud en Cristo, aun cuando no sepamos nosotros el cuando y el cómo.

Ignoramos el tiempo en que se hará la consumación de la tierra y de la humanidad. Tampoco conocemos de qué manera se transformará el universo. La figura de este mundo, afeada por el pecado, pasa, pero Dios nos enseña que nos prepara una nueva morada y una nueva tierra donde habita la justicia, y cuya bienaventuranza es capaz de saciar y rebasar

todos los anhelos de paz que surgen en el corazón humano. Entonces, vencida la muerte, los hijos de Dios resucitarán en Cristo, y lo que fue sembrado bajo el signo de la debilidad y de la corrupción, se revestirá de incorruptibilidad, y, permaneciendo la caridad y sus obras, se verán libres de la servidumbre de la vanidad todas las criaturas, que Dios creó pensando en el hombre.

Se nos advierte que de nada le sirve al hombre ganar todo el mundo si se pierde a sí mismo. No obstante, la espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo. Por ello, aunque hay que distinguir cuidadosamente progreso temporal y crecimiento del reino de Cristo, sin embargo, el primero, en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran medida al reino de Dios.

Pues los bienes de la dignidad humana, la unión fraterna y la libertad; en una palabra, todos los frutos excelentes de la naturaleza y de nuestro esfuerzo, después de haberlos propagado por la tierra en el Espíritu del Señor y de acuerdo con su mandato, volveremos a encontrarlos limpios de toda mancha, iluminados y trasfigurados, cuando Cristo entregue al Padre el reino eterno y universal: "reino de verdad y de vida; reino de santidad y gracia; reino de justicia, de amor y de paz". El reino está ya misteriosamente presente en nuestra tierra; cuando venga el Señor, se consumará su perfección. (GS 39)

Los creyentes necesitamos descubrir en la Eucaristía la acción del Espíritu que hace ya unos cielos nuevos y una tierra nueva, como transforma el pan y el vino en el cuerpo y sangre de Cristo. De aquí arranca, a mi entender, una dimensión importante de la consagración en la secularidad. La Eucaristía es prenda de esos cielos nuevos y esa tierra nueva. El mundo está llamado a transformarse, no a desaparecer. El mundo es amado de Dios y, por tanto, los miembros de los Institutos seculares consagran su vida y acción en la secularidad, para preparar los materiales del reino de Dios, cuyo banquete celebramos de forma anticipada en la Fracción del pan.

En esta perspectiva podemos releer las palabras del Papa Francisco en su discurso a los IS del 23 octubre 2017 Con motivo del 70 aniversario de la Constitución Apostólica *Provida Mater Ecclesiae*:

En el surco trazado por *Provida Mater*, hoy estáis llamados a ser portadores humildes y apasionados, en Cristo y en su espíritu, del sentido del mundo y de la historia. Vuestra pasión nace de la maravilla, siempre nueva, por el Señor Jesús, por su forma única de vivir y amar, de encontrar a la gente, de sanar la vida, de llevar consuelo. Por lo que vuestro "estar dentro" del mundo no es sólo una condición sociológica, sino una realidad teológica, que os permite estar atentos, ver, escuchar, com-padecer, con-alegrarse, intuir las necesidades.

Esto significa ser presencias proféticas de una manera muy concreta. Significa llevar al mundo, en las situaciones en que se encuentre, la palabra que se escucha de Dios. Eso es lo que caracteriza propiamente la laicidad: Saber decir esa palabra que Dios tiene que decir sobre el mundo. Donde "decir" no significa tanto *hablar*, sino *actuar*. Decimos lo que Dios quiere decirle al mundo, *actuando* en el mundo. Esto es muy importante Especialmente en una época como la nuestra en la que, frente a las dificultades, puede haber la tentación de aislarse en las zonas propias, cómodas y seguras, y retirarse del mundo. Vosotros también podríais caer en esta tentación. Pero vuestro lugar es "estar

dentro", como una presencia transformadora evangélica. Ciertamente es difícil, es un camino que lleva aparejada la cruz, pero el Señor quiere recorrerlo con vosotros.

Vuestra vocación y misión es prestar atención, por una parte, a la realidad que os rodea preguntándoos siempre: ¿Qué ocurre?, sin deteneros en que aparece en la superficie, sino yendo más a fondo; y, al mismo tiempo, al misterio de Dios, para reconocer dónde se está manifestando. Atentos al mundo con el corazón inmerso en Dios.

Esto es precisamente lo que acontece en el dinamismo profundo de la Eucaristía, pues se trata en ir transformando la realidad hasta que todo quede recapitulado en Cristo de acuerdo con el designio divino.

2.- El impulso escatológico de la Eucaristía y la transformación del mundo

La Eucaristía es memorial del pasado, pero es al mismo tiempo memorial del futuro: Es prenda de futuro y de inmortalidad, como acabo de apuntar. En la Eucaristía celebramos ya nuestro futuro, en cuanto es don y tarea para todos nosotros. El impulso escatológico del sacramento nos invita a todos los comensales de la Eucaristía a trabajar para que todos puedan participar desde ahora en el banquete del reino de Dios.

19. La tensión escatológica suscitada por la Eucaristía *expresa y consolida la comunión con la Iglesia celestial*. No es casualidad que en las anáforas orientales y en las plegarias eucarísticas latinas se recuerde siempre con veneración a la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesucristo, nuestro Dios y Señor, a los ángeles, a los santos apóstoles, a los gloriosos mártires y a todos los santos. Es un aspecto de la Eucaristía que merece ser resaltado: mientras nosotros celebramos el sacrificio del Cordero, nos unimos a la liturgia celestial, asociándonos con la multitud inmensa que grita: « La salvación es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero » (Ap 7, 10). La Eucaristía es verdaderamente un resquicio del cielo que se abre sobre la tierra. Es un rayo de gloria de la Jerusalén celestial, que penetra en las nubes de nuestra historia y proyecta luz sobre nuestro camino.

20. Una consecuencia significativa de la tensión escatológica propia de la Eucaristía es que da impulso a nuestro camino histórico, poniendo una semilla de viva esperanza en la dedicación cotidiana de cada uno a sus propias tareas. En efecto, aunque la visión cristiana fija su mirada en un « cielo nuevo » y una « tierra nueva » (Ap 21, 1), eso no debilita, sino que más bien *estimula nuestro sentido de responsabilidad respecto a la tierra presente*. Deseo recalcarlo con fuerza al principio del nuevo milenio, para que los cristianos se sientan más que nunca comprometidos a no descuidar los deberes de su ciudadanía terrenal. Es cometido suyo contribuir con la luz del Evangelio a la edificación de un mundo habitable y plenamente conforme al designio de Dios.

Muchos son los problemas que oscurecen el horizonte de nuestro tiempo. Baste pensar en la urgencia de trabajar por la paz, de poner premisas sólidas de justicia y solidaridad en las relaciones entre los pueblos, de defender la vida humana desde su concepción hasta su término natural. Y ¿qué decir, además, de las tantas contradicciones de un mundo « globalizado », donde los más débiles, los más pequeños y los más pobres parecen tener bien poco que esperar? En este mundo es donde tiene que brillar la esperanza cristiana. También por eso el Señor ha querido quedarse con nosotros en la Eucaristía, grabando en esta presencia sacrificial y convivial la promesa de una humanidad renovada por su amor. Es significativo que el Evangelio de Juan, allí donde los Sinópticos narran la institución de la Eucaristía, propone, ilustrando así su sentido profundo, el relato del « lavatorio de los pies

», en el cual Jesús se hace maestro de comunión y servicio (cf. *Jn* 13, 1-20). El apóstol Pablo, por su parte, califica como « indigno » de una comunidad cristiana que se participe en la Cena del Señor, si se hace en un contexto de división e indiferencia hacia los pobres (Cf. *1 Co* 11, 17.22.27.34).

Los consejos evangélicos vividos en la secularidad son un signo de que el cielo ha entrado en la tierra, la inmortalidad en la mortalidad. Combatir la cultura del descarte y de la muerte, del egoísmo y de la enemistad, con la clara conciencia de entregarse a derribar los muros de la enemistad, es la expresión de que el reino de Dios se ha hecho presente, que el poder de la resurrección está ya actuando en la historia.

Las Congregaciones e Institutos de vida religiosa se inscriben más en la perspectiva de proclamar «de modo especial la elevación del reino de Dios sobre todo lo creado y sus exigencias supremas; muestra también ante todos los hombres la soberana grandeza del poder de Cristo glorioso y la potencia infinita del Espíritu Santo, que obra maravillas en la Iglesia.» (LG 44) Los IS significan ante todo la entrada de Cristo en la historia del mundo, para transformarlo desde dentro, como lo hiciera ya en la discreta, silenciosa y laboriosa etapa de Nazaret. Por ello se decía: «¿No es este Jesús, el hijo de José?» «¿De Nazaret puede salir algo bueno?» «Estudia y verás que de Galilea no salen profetas.» Es curioso que «al laico» Jesús no se le reconocía más que por su identidad exterior. ¡Qué importante volver a meditar en el Ungido en Nazaret!

3.- Conversión y discernimiento

Para avanzar en el dinamismo de la Eucaristía, para responder a su impulso escatológico, es preciso vivir lo cotidiano con una actitud permanente de conversión y discernimiento.

Conversión para dejarse transformar en lo que recibimos, de acuerdo con la vocación propia. De ahí que debemos acudir todos los días al sacramento, para ser buen pan para los demás, para ser viático para los demás en la peregrinación de la vida. La consagración se convierte invita a pasar de la solidaridad a la comunión en Cristo Jesús con los otros en el camino de la vida.

Discernimiento permanente, pues se trata de avanzar en la escucha del Señor, en medio de los signos de los tiempos, para contribuir a la transformación de nuestro mundo, junto con los demás ciudadanos, a fin de que todo llegue a ser recapitulado en Cristo.

Juan Pablo II, en la encíclica que acabo de citar, lo expresa en términos muy plásticos y que deberían ser meditados por la comunidad eclesial.

Anunciar la muerte del Señor « hasta que venga » (*1 Co* 11, 26), comporta para los que participan en la Eucaristía el compromiso de transformar su vida, para que toda ella llegue a ser en cierto modo « eucarística ». Precisamente este fruto de transfiguración de la existencia y el compromiso de transformar el mundo según el Evangelio, hacen resplandecer la tensión escatológica de la celebración eucarística y de toda la vida cristiana: « ¡Ven, Señor Jesús! » (*Ap* 22, 20).

El signo que los miembros de los Institutos Seculares han de dar en el mundo no es el de la separación, como palabra profética del futuro al que nos dirigimos, sino el de la inmersión

en lo concreto de la historia, como signo profético de que Dios ha entrado en la historia para transformarla desde dentro, como la levadura en medio de la masa, como la acción del Espíritu que transfigura y transforma la realidad, como el hijo que con el trabajo de sus manos está redimiendo el mundo. Por ello el laico consagrado vive con la clara conciencia de ser un don para el mundo en Cristo Jesús.

En esta misma perspectiva se mueven las palabras del Papa Francisco en el discurso al que ya me he referido:

Por último, me gustaría sugerir algunas actitudes espirituales que os pueden ayudar en este camino y que se pueden resumir en cinco verbos: rezar, discernir, compartir, dar valor y tener simpatía.

Rezar para estar unidos a Dios, cerca de su corazón. Escuchar su voz ante cada evento en la vida, viviendo una existencia luminosa que toma en mano el Evangelio y lo toma en serio.

Discernir es saber distinguir las cosas esenciales de las secundarias; es afinar esa sabiduría, que se cultiva día a día, que permite ver cuáles son las responsabilidades que es necesario asumir y cuáles son las tareas prioritarias. Es un camino personal pero también comunitario, donde no es suficiente para el esfuerzo individual.

Compartir el destino de cada hombre y mujer: aunque los acontecimientos del mundo sean trágicos y oscuros, no abandono el mundo a su suerte, porque lo amo, cómo y con Jesús hasta el final.

Dar valor: con la gracia de Cristo, no perder nunca la confianza, que puede ver el bien en todo. También es una invitación que recibimos en cada celebración eucarística: "Levantemos el corazón".

Tener simpatía por el mundo y por la gente. Incluso cuando hacen de todo para que la perdamos, estar animados por la simpatía que viene del Espíritu de Cristo, que nos hace libres y apasionados, nos hace "estar dentro", como la sal y la levadura.

Queridos hermanos y hermanas, ojalá seáis en el mundo como el alma en el cuerpo (cf. *Carta a Diogneto*, VI, 1), testigos de la resurrección del Señor Jesús. Este es mi deseo para vosotros que acompaño con mis oraciones y mi bendición.

II PAN PARTIDO PARA LA VIDA DEL MUNDO

Vamos a seguir ahondando en el dinamismo de la Eucaristía como el banquete del reino de Dios. De esta forma comprendemos mejor las riquezas insondables de la Eucaristía y la forma en que estamos llamados vivir la consagración en la secularidad a la luz del sacramento de la alianza de Dios con la humanidad.

1.- El pan dado por el Padre

Jesús replicó a los judíos que argüían cómo el mana había bajado del cielo: «En verdad, en verdad os digo: no fue Moisés quien os dio pan del cielo, sino que es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da la vida al mundo.» Ante estas palabras de Jesús, sus oyentes le dijeron: «Señor, danos siempre de este pan.» Y Jesús, tratando de hacerles -y hacernos- comprender, contestó: «Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá sed más; pero como os he dicho, me habéis visto y no creéis.» (Jn 6, 32-36)

Jesús es el pan dado por el Padre, es el manjar que nos ha preparado desde la eternidad. Ha comenzado el banquete anunciado por el profeta Isaías; pero con una novedad tal que el mismo profeta quedaría admirado de haberlo degustado. El profeta se expresaba en estos términos: «Preparará el Señor del universo para todos los pueblos, en este monte, un festín de vinos de solera; manjares exquisitos, vinos refinados.» (Is 25, 6) Jesús es el pan que Dios nos da. Vivimos del don y así estamos llamados a manifestarlo en lo concreto de nuestras vidas. Vivir del pan del cielo es vivir de acuerdo con la novedad traída por Cristo. Escuchemos cómo lo recordó Benedicto XVI.

Esta novedad radical que la Eucaristía introduce en la vida del hombre ha estado presente en la conciencia cristiana desde el principio. Los fieles percibieron en seguida el influjo profundo que la Celebración eucarística ejercía sobre su estilo de vida. San Ignacio de Antioquía expresaba esta verdad definiendo a los cristianos como « los que han llegado a la nueva esperanza », y los presentaba como los que viven « según el domingo » (*iuxta dominicam viventes*). Esta fórmula del gran mártir antioqueno pone claramente de relieve la relación entre la realidad eucarística y la vida cristiana en su cotidianidad. La costumbre característica de los cristianos de reunirse el primer día después del sábado para celebrar la resurrección de Cristo —según el relato de san Justino mártir— es el hecho que define también la forma de la existencia renovada por el encuentro con Cristo. La fórmula de san Ignacio —« vivir según el domingo »— subraya también el valor paradigmático que este día santo posee con respecto a cualquier otro día de la semana. En efecto, su diferencia no está simplemente en dejar las actividades habituales, como una especie de paréntesis dentro del ritmo normal de los días. Los cristianos siempre han vivido este día como el primero de la semana, porque en él se hace memoria de la radical novedad traída por Cristo. Así pues, el domingo es el día en que el cristiano encuentra aquella forma eucarística de su existencia que está llamado a vivir constantemente. « Vivir según el domingo » quiere decir vivir conscientes de la liberación traída por Cristo y desarrollar la propia vida como ofrenda de sí mismos a Dios, para que su victoria se manifieste plenamente a todos los hombres a través de una conducta renovada íntimamente. (SC 72)

Vivir del don de Dios lleva consigo hacerse don para los demás en el pan de la Eucaristía. Es la vocación de quien participa con fe en el banquete preparado por el Padre, pues el Padre es el que nos atrae hacia su Hijo y el que nos lo ofrece como viatico para el camino.

«El pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo» (Jn 6,51). Con estas palabras el Señor revela el verdadero sentido del don de su propia vida por todos los hombres y nos muestran también la íntima compasión que Él tiene por cada persona. En efecto, los Evangelios nos narran muchas veces los sentimientos de Jesús por los hombres, de modo especial por los que sufren y los pecadores (cf. Mt 20,34; Mc 6,54; Lc 9,41). Mediante un sentimiento profundamente humano, Él expresa la intención salvadora de Dios para todos los hombres, a fin de que lleguen a la vida verdadera. Cada celebración eucarística actualiza sacramentalmente el don de su propia vida que Jesús hizo en la Cruz por nosotros y por el mundo entero. Al mismo tiempo, en la Eucaristía Jesús nos hace testigos de la compasión de Dios por cada hermano y hermana. Nace así, en torno al Misterio eucarístico, el servicio de la caridad para con el prójimo, que «consiste precisamente en que, en Dios y con Dios, amo también a la persona que no me agrada o ni siquiera conozco. Esto sólo puede llevarse a cabo a partir del encuentro íntimo con Dios, un encuentro que se ha convertido en comunión de voluntad, llegando a implicar el sentimiento. Entonces aprendo a mirar a esta otra persona no ya sólo con mis ojos y sentimientos, sino desde la perspectiva de Jesucristo».

De ese modo, en las personas que encuentro reconozco a hermanos y hermanas por los que el Señor ha dado su vida amándolos «hasta el extremo» (Jn 13,1). Por consiguiente, nuestras comunidades, cuando celebran la Eucaristía, han de ser cada vez más conscientes de que el sacrificio de Cristo es para todos y que, por eso, la Eucaristía impulsa a todo el que cree en Él a hacerse «pan partido» para los demás y, por tanto, a trabajar por un mundo más justo y fraterno. Pensando en la multiplicación de los panes y los peces, hemos de reconocer que Cristo sigue exhortando también hoy a sus discípulos a comprometerse en primera persona: «dadles vosotros de comer» (Mt 14,16). En verdad, la vocación de cada uno de nosotros consiste en ser, junto con Jesús, *pan partido para la vida del mundo*. (SC 88)

Esta dinámica eucarística reclama de todos nosotros adentrarnos en la misma gratuidad del amor divino, que no se reserva nada para él, se nos da en alimento. Los comensales de la Eucaristía no pueden buscar ya sus propios intereses, sino que deben estar abiertos al don de Dios. Estar en el mundo de forma gratuita, dándose, ¿no es lo propio de la consagración en la secularidad? Cuando estamos pensando en nuestra propia realización o en que nos agradezcan lo que hacemos, hemos perdido de vista la verdadera gratuidad que brota de la Eucaristía.

2.- Jesús se da en la acción de gracias

Pero no basta con darse, pues siempre corremos el peligro de buscar nuestra propia afirmación, incluso a través del servicio. De ahí la importancia de vivir nuestro servicio en la lógica y dinamismo de la Eucaristía del Señor.

Nos hemos acostumbrado al término Eucaristía, pero debemos tomar conciencia de la revolución que implica. En efecto Jesús se entrega a la muerte dando gracias al Padre. Es la revolución del amor hasta el extremo, de un amor que celebra en la acción de gracias su pascua, pues en ella se realiza el designio de salvación de Dios y su plena revelación como amor. Nosotros solemos dar gracias cuando nos van bien las cosas y nos lamentamos cuando no acontecen de acuerdo con nuestros criterios.

La persona realmente eucarística se une en todo momento a la acción de gracias de Jesús. Esto no quiere decir que la existencia no comporte sus dramas y tensiones. También Jesús pasó por Getsemaní. Pero fue a la cruz en la acción de gracias, cantando los cánticos del Hallel (Sal 113-118), pues creía que el Padre de la vida es más fuerte que la muerte propia de la debilidad humana. La acción de gracias brota de haber puesto la confianza en quien nos engendra para la vida.

El que se ha consagrado en la secularidad y se nutre de la Eucaristía, está llamado, a mi entender, a contagiar en el mundo el sentido de la acción de gracias al Señor, tanto en los momentos gozosos como en los momentos de dolor. Es una exigencia de quien vive la historia en Cristo Jesús, que en eso consiste la entrega incondicional al Señor. En ciertos momentos nos asaltan las dudas si no habremos equivocado el camino, si nuestras vidas y compromisos han servido realmente. Es un signo de no vivir en profundidad el sentido de la Eucaristía, de la ofrenda con Cristo y en Cristo al Padre para la vida del mundo, para su transfiguración y plenitud. Ser personas eucarísticas es vivir el drama de la existencia en la acción de gracias. Nuestro mundo está necesitado de personas que contagien gratuidad y el sano optimismo que expresa la acción de gracias. Nos encontramos así ante el reto de

una verdadera acción pastoral del contagio; y esto solo lo podemos hacer si en medio de las luchas y pruebas de la vida se nos ve como personas de acción de gracias, esto es, eucarísticas.

III EL SACERDOCIO CÓSMICO Y LA EUCARISTÍA

La Eucaristía comporta una dimensión cósmica a la que no siempre prestamos atención, pero que es muy importante. En la plegaria eucarística se hace referencia de diferentes formas al acontecimiento de la creación, pero falta una buena catequesis mistagógica sobre esta dimensión. En la plegaria IV, que narra la historia de la salvación se dice:

Te alabamos, Padre santo, porque eres grande y porque hiciste todas las cosas con sabiduría y amor. A imagen tuya creaste al hombre y le encomendaste el universo entero, para que, sirviéndote solo a ti, su Creador, dominará todo lo creado. (Plegaria IV)

El Papa Francisco, en la encíclica *Laudato si*, ha recordado la dimensión cósmica de los sacramentos y, más en particular de la Eucaristía, que es una invitación a cuidar de la naturaleza y de los pobres..

Los Sacramentos son un modo privilegiado de cómo la naturaleza es asumida por Dios y se convierte en mediación de la vida sobrenatural. A través del culto somos invitados a abrazar el mundo en un nivel distinto. El agua, el aceite, el fuego y los colores son asumidos con toda su fuerza simbólica y se incorporan en la alabanza. La mano que bendice es instrumento del amor de Dios y reflejo de la cercanía de Jesucristo que vino a acompañarnos en el camino de la vida. El agua que se derrama sobre el cuerpo del niño que se bautiza es signo de vida nueva. No escapamos del mundo ni negamos la naturaleza cuando queremos encontrarnos con Dios. Esto se puede percibir particularmente en la espiritualidad cristiana oriental: «La belleza, que en Oriente es uno de los nombres con que más frecuentemente se suele expresar la divina armonía y el modelo de la humanidad transfigurada, se muestra por doquier: en las formas del templo, en los sonidos, en los colores, en las luces y en los perfumes». Para la experiencia cristiana, todas las criaturas del universo material encuentran su verdadero sentido en el Verbo encarnado, porque el Hijo de Dios ha incorporado en su persona parte del universo material, donde ha introducido un germen de transformación definitiva: «el Cristianismo no rechaza la materia, la corporeidad; al contrario, la valoriza plenamente en el acto litúrgico, en el que el cuerpo humano muestra su naturaleza íntima de templo del Espíritu y llega a unirse al Señor Jesús, hecho también él cuerpo para la salvación del mundo».

En la Eucaristía lo creado encuentra su mayor elevación. La gracia, que tiende a manifestarse de modo sensible, logra una expresión asombrosa cuando Dios mismo, hecho hombre, llega a hacerse comer por su criatura. El Señor, en el colmo del misterio de la Encarnación, quiso llegar a nuestra intimidad a través de un pedazo de materia. No desde arriba, sino desde adentro, para que en nuestro propio mundo pudiéramos encontrarlo a él. En la Eucaristía ya está realizada la plenitud, y es el centro vital del universo, el foco desbordante de amor y de vida inagotable. Unido al Hijo encarnado, presente en la Eucaristía, todo el cosmos da gracias a Dios. En efecto, la Eucaristía es de por sí un acto de amor cósmico: «¡Sí, cósmico! Porque también cuando se celebra sobre el pequeño altar de una iglesia en el campo, la Eucaristía se celebra, en cierto sentido, *sobre el altar del mundo*».

La Eucaristía une el cielo y la tierra, abraza y penetra todo lo creado. El mundo que salió de las manos de Dios vuelve a él en feliz y plena adoración. En el Pan eucarístico, «la creación está orientada hacia la divinización, hacia las santas bodas, hacia la unificación con el Creador mismo». Por eso, la Eucaristía es también fuente de luz y de motivación para nuestras preocupaciones por el ambiente, y nos orienta a ser custodios de todo lo creado.

El domingo, la participación en la Eucaristía tiene una importancia especial. Ese día, así como el sábado judío, se ofrece como día de la sanación de las relaciones del ser humano con Dios, consigo mismo, con los demás y con el mundo. El domingo es el día de la Resurrección, el «primer día» de la nueva creación, cuya primicia es la humanidad resucitada del Señor, garantía de la transfiguración final de toda la realidad creada. Además, ese día anuncia «el descanso eterno del hombre en Dios». De este modo, la espiritualidad cristiana incorpora el valor del descanso y de la fiesta. El ser humano tiende a reducir el descanso contemplativo al ámbito de lo infecundo o innecesario, olvidando que así se quita a la obra que se realiza lo más importante: su sentido. Estamos llamados a incluir en nuestro obrar una dimensión receptiva y gratuita, que es algo diferente de un mero no hacer. Se trata de otra manera de obrar que forma parte de nuestra esencia. De ese modo, la acción humana es preservada no únicamente del activismo vacío, sino también del desenfreno voraz y de la conciencia aislada que lleva a perseguir sólo el beneficio personal. La ley del descanso semanal imponía abstenerse del trabajo el séptimo día «para que reposen tu buey y tu asno y puedan respirar el hijo de tu esclava y el emigrante» (Ex 23,12). El descanso es una ampliación de la mirada que permite volver a reconocer los derechos de los demás. Así, el día de descanso, cuyo centro es la Eucaristía, derrama su luz sobre la semana entera y nos motiva a incorporar el cuidado de la naturaleza y de los pobres. (235-237)

1.- «El sacerdote cósmico»

Pablo VI, en la encíclica *Populorum Progreso*, la encíclica del progreso integral y, por lo mismo, del humanismo integral -que tanto debería conducir la vida de los consagrados en la secularidad-, insistió en un punto de la máxima importancia: la existencia es vocación, aun cuando los hombres lo ignoren o se nieguen a reconocerlo. En efecto, el hombre es un convocado al mundo y recibe una misión.

En los designios de Dios, cada hombre está llamado a desarrollarse, porque toda vida es una vocación. Desde su nacimiento, ha sido dado a todos como un germen, un conjunto de aptitudes y de cualidades para hacerlas fructificar: su floración, fruto de la educación recibida en el propio ambiente y del esfuerzo personal, permitirá a cada uno orientarse hacia el destino, que le ha sido propuesto por el Creador. Dotado de inteligencia y de libertad, el hombre es responsable de su crecimiento, lo mismo que de su salvación. Ayudado, y a veces es trabado, por los que lo educan y lo rodean, cada uno permanece siempre, sean los que sean los influjos que sobre él se ejercen, el artífice principal de su éxito o de su fracaso: por sólo el esfuerzo de su inteligencia y de su voluntad, cada hombre puede crecer en humanidad, valer más, ser más.. (PP 15)

Esto quiere decir que el ser humano viene al mundo convocado por el Creador y con la misión de desarrollarse cultivando la tierra que recibe en usufructo. El hombre no es el propietario absoluto de la tierra. Por ello, en la medida que cumple con la misión confiada está alabando a su Creador. Y a través de él es toda la creación que alaba a su Señor. Estamos en la liturgia cósmica, cuya cima se halla en la Eucaristía.

De ahí que se haya concluido que toda persona está llamada a vivir su relación con el cosmos como un auténtico «sacerdote del cosmos». En un texto espléndido, el comité para el jubileo del año 2000 se expresaba en estos términos.

Todas las creaturas, de hecho, no son más que el fruto de la llamada de Dios a la existencia, a fin de realizar la plena comunión con todos y, en ellos, también con su Creador. El hecho que el mundo tenga una *finalidad* presupone que entre los seres creados exista una creatura con su propia conciencia y libertad. Ahora bien, entre todas las creaturas, sólo el hombre es libre y por ello solo él puede llegar a ser, en Cristo, a través del Espíritu Santo, el *mediador* para alcanzar la finalidad del mundo. El hombre es, por tanto, el sacerdote del cosmos, porque es el único capaz de llevar a Dios los seres creados a un encuentro personal con él, como respuesta consciente de lo creado a Aquel que con su Logos y su Espíritu lo sostiene. Toda la creación a través del hombre, cumple así la finalidad de su existencia, por lo cual el hombre está en comunión misteriosa con Dios, no solo porque él es el fruto libre y amoroso de su bondad, sino también porque tiene la vocación para responder con amor (libremente) a la palabra creadora de Dios dirigida a todo lo creado. Él, «hecho voz de toda creatura», llega a ser el sacerdote cósmico que alaba al Señor «por todas sus creaturas»

Con ALIOSCIA KARAMAZOV se podrá decir: «Hermanos míos, amad a toda la creación en su conjunto y en sus elementos, cada hoja, cada rayo, los animales, las plantas. Y, amando cada cosa, comprenderéis el misterio divino de las cosas. Una vez comprendido, vosotros lo conoceréis cada día más. Y terminaréis por amar al mundo entero con un amor universal» (F. DOSTOIEVSKI, *LOS HERMANOS KARAMAZOV*). Mientras que san Francisco de Asís oraba así: «Laudato sí, por toda criatura, mi Señor, / y en especial loado por el hermano sol, / que alumbra y abre el día y es bello en su esplendor / y lleva por los cielos noticia de su Autor» (*Cántico de las criaturas*) (El Espíritu del Señor p. 47-48)

Entiendo que en esta perspectiva los consagrados en la secularidad tienen una gran responsabilidad: propiciar que todos, creyentes o no creyentes, lo sepan o no, cultiven su vocación y misión de ser sacerdotes del cosmos. Así van preparando los elementos del reino de Dios, cuya prenda es la Eucaristía. En los Institutos se debe trabajar en esta perspectiva.

2.- Una ecología humana más allá de las modas

En un breve mensaje de Benedicto XVI a los obispos brasileños recordaba el Papa, como luego lo hará Francisco, que la ecología ha de ser, ante todo, humana, pues es, ante todo, en la persona humana que se da la epifanía de Dios.

Pensando en el lema de esa Campaña, «la creación gime con dolores de parto», que se hace eco de las palabras de san Pablo en su *Carta a los Romanos* (8, 22), podemos incluir entre los motivos de esos gemidos el daño provocado a la creación por el egoísmo humano. Con todo, también es verdad que «la creación, expectante, está aguardando la manifestación de los hijos de Dios» (*Rom* 8, 19). Así como el pecado destruye la creación, esta también es restaurada cuando se hacen presentes «los hijos de Dios» cuidando del mundo para que Dios sea todo en todos (cf. *1 Co* 15, 28).

El primer paso para una correcta relación con el mundo que nos rodea es precisamente el reconocimiento, por parte del hombre, de su condición de criatura: el hombre no es Dios, sino su imagen. Por esto, debe procurar ser más sensible a la presencia de Dios en lo que

está a su alrededor: en todas las criaturas, y especialmente en la persona humana, hay una cierta epifanía de Dios. «Quien sabe reconocer en el cosmos los reflejos del rostro invisible del Creador, tendrá mayor amor a las criaturas» (Benedicto XVI, *Homilía en la solemnidad de Santa María, Madre de Dios*, 1 de enero de 2010). El hombre sólo será capaz de respetar las criaturas en la medida en que tenga en su espíritu un sentido pleno de la vida; en caso contrario, será llevado a despreciarse a sí mismo y lo que lo rodea, a no tener respeto por el ambiente en que vive, por la creación. Por eso, la primera ecología que hay que defender es la «ecología humana» (cf. *Caritas in veritate*, 51). Es decir: sin una clara defensa de la vida humana, desde su concepción hasta la muerte natural; sin una defensa de la familia basada en el matrimonio entre un hombre y una mujer; sin una verdadera defensa de los excluidos y marginados por la sociedad, sin olvidar, en este contexto, a quienes lo han perdido todo, víctimas de desastres naturales, nunca se podrá hablar de una auténtica defensa del medio ambiente. (Benedicto XVI a los obispos brasileños 09 Mar 11)

Las modas no siempre se corresponden con la verdad ni con la finalidad que Dios ha impreso en la misma creación. Hoy nos cuesta entenderlo. Por ello es importante que el que se ha consagrado en la secularidad, no deje de dar testimonio de la verdad de Dios y del hombre, tal como se nos ha dado a conocer en Jesucristo. En este sentido necesitamos volver continuamente a esta afirmación del Concilio Vaticano II, aun cuando parezca que molesta a una sociedad un tanto adolescente.

En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor, Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación. Nada extraño, pues, que todas las verdades hasta aquí expuestas encuentren en Cristo su fuente y su corona.

El que es *imagen de Dios invisible* (Col 1,15) es también el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado. En él, la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual. El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejantes en todo a nosotros, excepto en el pecado. (GS 22)

La Eucaristía nos abre el camino a una real y auténtica ecología, tanto humana como cósmica. El banquete eucarístico nos habla de comunión con Dios y con los hombres, de unión y de tarea común para que todos participen plenamente de los bienes terrenos y espirituales que Dios nos regala. Aquí los IS tienen mucho que decir y hacer para dar cuenta del carisma que se le ha confiado, para contagiar el sentido de la vocación y misión del ser humano en la historia de nuestro mundo.

3.- La liturgia del consagrado en la secularidad

La consagración en la secularidad comporta, por tanto, buscar a través del trabajo, ante todo, que la creación entera, en su legítima autonomía, alabe a su Creador. A la luz de la Eucaristía los llamados y agraciados a consagrar su vida en la secularidad, reciben la misión de vivir, para que la verdad y finalidad que Dios depositó en la creación sea

descubierta, acogida y cultivada libremente por la humanidad. Con la gracia y la fortaleza del Espíritu, el consagrado se compromete existencialmente en la transfiguración del mundo, para alabar a su Señor y servir al hermano, para trabajar en el advenimiento de unos cielos nuevos y una tierra nueva, expresión del reino de Dios presente ya en la historia: «Porque el reino de Dios no es comida y bebida, sino justicia, paz y alegría en el Espíritu Santo» (cf. Rom 14, 17). He aquí la auténtica y saludable ecología cósmica y humana. Para que la creación expectante, que aguarda su liberación, vea y comparta la «gloriosa libertad de los hijos de Dios» (Rom 8, 18-25). Vivir la Misa en el mundo.

Ese documento de Papa Pio XII (Provida Mater Ecclesiae) fue de alguna manera revolucionario: esbozó, efectivamente, una nueva forma de consagración: la de los fieles laicos y presbíteros diocesanos llamados a vivir los consejos evangélicos en la secularidad en la que están inmersos debido a su condición existencial o a su ministerio pastoral. Por lo tanto, la novedad y la fecundidad de los Institutos Seculares estriba en conjugar la consagración y la secularidad, practicando un apostolado de testimonio, de evangelización - especialmente para los presbíteros - y de compromiso cristiano en la vida social - especialmente para los laicos, a lo que se añade la fraternidad que, sin estar determinada por una comunidad de vida, es, sin embargo, comunión verdadera. (Francisco)